

ANTOLOGÍA DE RAMÓN MARTINEZ OCARANZA EN LA REVISTA DERIVA

En cualquier grupo social donde merodean mujeres y hombres, jóvenes y viejos, casi siempre advertimos que hay individuos con mayor personalidad que otros. Las razones de esta personalidad notoria o de esta singularidad son muchas: la simpatía, la inteligencia, la cultura, la belleza, la originalidad, etc. Lo mismo ocurre con los poetas.

Frente a los que pasan inadvertidos (porque escriben como se suele escribir o porque, sin quererlo, son feligreses del lugar común, la habitual canasta de palabras, los tropos domesticados o las metáforas de “buen gusto”), hay los que enarbolan una personalidad tan relevante, una voz tan especial, una entonación tan diferente y memorable, que no podemos dejar de tenerlos en cuenta y brindarles nuestra admiración y reconocimiento. Se trata de los poetas malditos o benditos, de los juglares esperpénticos o de los trovadores sublimes. Los poetas con una gran personalidad no son, me parece, los que quieren ser originales a como dé lugar o los que se hallan permanentemente a la búsqueda de novedades y sorpresas –porque con nada se ensaña más el tiempo que con estos supuestos hallazgos asombrosos-, sino los que tienen como valor supremo de su escritura la autenticidad.

Todo lo anterior me viene a la mente al leer el número 21 de la revista *Deriva*, dedicada a Ramón Martínez Ocaranza, y al comprobar, de nueva cuenta, que el poeta michoacano es una voz inconfundible, de personalidad arrolladora, en las letras mexicanas.

Me gustaría inventar o proponer un mito que viniera en nuestro auxilio a la hora de intentar explicar cómo en su biografía un poeta da de pies a boca con su propia voz. Me imagino una

caverna –que puede tener un aire de familia con la de Platón– donde el joven poeta, rodeado de sombras, va a la busca de un canto que exprese su sí mismo o su mismidad. De las húmedas paredes de la gruta aparece de tanto en tanto una Demonio que pone en las manos del poeta una lira, y éste se pone a cantar y cantar pero la oscuridad del ambiente no se esfuma. Con dificultades notorias –porque la terquedad no quiere dar el brazo a torcer– el vate ve con malos ojos la lira y la arroja al suelo. Más tarde, la Demonio entrega otra lira a nuestro personaje, él se enamora de ésta, saca de sí una partitura y pone a sus pulmones a desgañitarse. Algo prometedor se siente entonces en el ambiente. La oscuridad no se disipa. Pero se la siente insegura, aterida de perplejidad, buscando dónde esconderse. El liróforo, impaciente, con los ojos abrumados de miradas impotentes, arroja de nuevo ese instrumento musical que no ha servido a sus designios. Sigue su camino, cabizbajo, en trance de búsqueda. La Demonio le hace llegar entonces otra lira, la que despierta su verdadera voz y la autenticidad de su canto. Apenas el portaliras la pulsa, apenas su voz se arroja a endulzar el aire, cuando de golpe la oscuridad desaparece y el poeta y todos los que nos hallábamos con él corremos alborozados a festejar el nacimiento de la luz.

La obra poética completa de Ramón ha sido publicada en dos tomos, con el título de *Poesía reunida*, por el Gobierno del estado de Michoacán, la Secretaría de Cultura y la Fundación cultural “Ramón Martínez Ocaranza”, A.C. Si se leen con cuidado, atención y cariño esos dos tomos, se ve cómo Ramón pulsó varias liras, lo hizo con denuedo y a veces bajo la influencia de otros bardos –como el de Neruda o Pellicer. Ahí, sin embargo, no estaba su voz, la auténtica, la inconfundible, y la oscuridad ambiente no logró disiparse. Ramón se deshizo de esa primera lira y siguió su camino. En una parte significativa del primer tomo, la lira que le pusieron a continuación en la mano o que simplemente él se agenció, fue más audaz y puso en

entredicho la oscuridad, la cual se vio amenazada por corrientes luminosas subrepticias. Pese al avance, esta lira también se le cayó de las manos al poeta. Y finalmente –correspondiendo con la segunda etapa de su producción recogida en el segundo volumen de su *Poesía reunida-*, halló su lira, la suya, la que arranca de su garganta su propia voz.

A este segundo volumen pertenecen, entre otros textos importantes, *La elegía de los triángulos* y la *Patología del ser*, dos de los poemarios más significativos, imprescindibles de Ramón, y de los cuales hace una breve selección la revista *Deriva*.

Los últimos textos de Martínez Ocaranza no sólo se diferencian de los de su juventud y primera madurez, sino de todo lo hecho hasta entonces en la lírica nacional. En tanto que en su primera época Ramón se adentra con el paso firme y los ojos abiertos a la lejanía, pero sin caer nunca en las estridencias de lo panfletario, en la poesía de denuncia y arrebató, enojo y exaltación, en la segunda le abre la puerta a la lobreguez, la maldición y la blasfemia. El primer Ramón es optimista. Aunque no puede dejar de ver en todas partes el oprobio y la injusticia, las nuevas formas de esclavización y el nivel inimaginable de degradación del hombre –en el siglo de las guerras mundiales y la bomba atómica-, cree en la compostura de lo desfigurado, en la salida de la caverna, en dejar a la espalda los grilletes. Y a este optimismo corresponde una poesía comprometida, colérica, denunciante, llena de alta tensión y levantando en un puño la esperanza.

Pero al paso del tiempo, la oscuridad gana terreno y a los destellos de una luminosidad decreciente, el optimismo duda de sí. La cavilación lleva a la certeza de que todo es más complejo, insondable, difícil de lo previsto. El escepticismo es llamado a escena y suelta sus más contagiosos parlamentos. *La elegía de los*

triángulos y la *Patología del ser* ya no le dan la bienvenida al optimismo simplista y a las soluciones a la vuelta de la esquina. Ya no se tiene reticencias en decir o insinuar que los hombres están mal hechos o que nosotros somos los responsables de las malhechoras que cargamos en las espaldas. Del escepticismo al pesimismo hay un solo paso, y Ramón lo da de manera vertiginosa y sin reticencias. Entonces el escenario completo de su poesía –palabras, frases, metáforas, alineamiento de versos, modelos a seguir- sufre un cambio que puede parecer desconcertante pero que es la feliz materialización de un comprimido de vivencias que, sin sospecharlo, Ramón cargaba en el hondón de sus entrañas y que se hallaba a la espera del mejor momento para salir a flote y fecundar, como nunca se había hecho en nuestras letras, la tinta del poeta.

Pero el pesimismo de Ramón –que poco a poco fue asumiendo formas bíblicas, purépechas y nahuas de expresión- no se regodeaba en la desorientación, ni le cantaba endechas amorosas a la encrucijada. Era –y esta es una de las contradicciones más notorias y fecundas de su última poesía- un pesimismo descontento de sí, aherrojado en las mazmorras del escepticismo, pero buscando una salida que sabe que no existe. Grito, angustia, dolor. Poesía de altos vuelos. Poeta único en nuestras letras, incomprendido a veces, ignorado de manera irritante, y del que, dada la calidad de su obra, no nos cansaremos de subrayar su insólita maestría y de exaltar su arrolladora y enigmática inspiración.

Enrique González Rojo Arthur

10 de mayo de 2011